

# Los recuerdos de esas ventanas

Tuto Santos\*

**S**iempre que salgo de mi trabajo a las cuatro de la tarde, camino desde la carrera quinta con calle dieciséis hasta la carrera sexta esquina y cruzo a la derecha buscando la calle diecinueve con la carrera siete. Perdí la cuenta de cuándo fue la primera vez que llegué a sentarme un rato en el parque del cementerio San Miguel, algo que, para mi sorpresa, se convirtió en un hábito diario que elegí. Ahí, en la finitud de los muertos que yacen en sus ruinosas tumbas, en la compañía de quienes en sus colmenas venden flores a los pesarosos de un difunto, comprando al migrante que vende el tinto o el jugo, viendo a impúberes que llegan con sus amigos a jugar fútbol, así como a estudiantes de la jornada de la tarde que salen exhaustos de clases del Hugo J. Bermúdez o escuchando a pensionados de la antigua licorera que se reúnen sagradamente a jugar dominó pero terminan hablando de política y recordando la otrora Santa Marta antigua.

El domingo es el único día que no voy al parque porque para mí es el día de descanso, el día sagrado, el día en que no me levanto para nada de la cama y no salgo del inquilinato; el día en que solo consumo alimento una vez porque el domingo, como muchos decimos, «solo hay un tren». Sin embargo, de lunes a sábado yo, Venancio Gamero Dávila, de profesión sastre y con sesenta y cuatro años, llego después de trabajar a ese parque, que no es ni grande ni hermoso ni famoso, pero sí lleno de vida y de historias. Así paso los días, sentado en cualquiera de los bancos disponibles en que descubrí en esencia la historia de una antigua cárcel.

Lo que más me gusta apreciar de todo lo que tiene el parque a su alrededor es el colegio Hugo J. Bermúdez porque en esa inmensa mole hay un pedazo de esa construcción de ciudad que tiene gran significado simbólico para el Distrito, pero que pocos samarios y samarias saben. Me gusta oler, por así decirlo, a qué sabe la historia, y lo digo por las célebres «catorce ventanas». ¡Sí!, así llaman a esa edificación, porque en verdad posee catorce ventanas y muy pocos saben de ella en toda Santa Marta. Es la misma que a inicios del siglo veinte sirvió de cárcel, el panóptico, la primera de la entonces capital

---

\*Contador público. Contador de historias. Magíster en Estudios Políticos. E-mail: tutosantos23@gmail.com.

del Magdalena Grande, ese sempiterno, inmenso, inescrutable e infinito territorio que cubría hasta lo que hoy es La Guajira y el Cesar.

En esas dos, tres, cuatro horas, cincuenta, veinte, once minutos, quince, doce, cinco segundos que permanezco allí en medio de días de fuertes calores o días de intensas brisas frías, mi corazón se fortalece, mi ánimo se levanta y mis tristezas se disipan. Allí me encuentro con vecinos del sector que sacan sus mascotas a pasear y con quienes converso un buen rato, o a veces estoy absolutamente solo, completamente solo, aunque la soledad no me aflige: me acostumbré desde mi viudez a esas siete letras.

Soy viudo hace once años. No tuve hijos, y hace rato no sé de mis sobrinos. No he tenido amigos ni compadres ni ahijados. Mi arte, como ya conté, es coser. En el trabajo me conocen todas esas familias que han vivido en lo que hoy llaman el Centro Histórico, a quien les he remendado sus ropas, aunque ya muchos de ellos han vendido sus casas y no los volví a ver; otros dejaron de ser mis clientes, y unos pocos yacen en el cementerio San Miguel.

Recuerdo con nostalgia que en esos días de fría brisa samaria, y en medio de esos cantos sonoros de los cotorros, observé durante tres días seguidos a una joven alta, de piel morena, delgada, ojos marrones, cabello crespo, a quien jamás había visto. Noté que no era de acá y, para mi sorpresa, dio dos vueltas cada uno de los tres días a las catorce ventanas, es decir, a toda la manzana, entre las calles diecinueve y dieciocho con la carrera del callejón del panóptico. Finalmente, al cuarto día —era martes— no aguanté la curiosidad y le hice señas para que se sentara conmigo debajo de un palo de almendros. La joven, para mi agrado, aceptó con toda la tranquilidad.

Ella rompió el hielo, con la confianza que le irradié. Me dijo que venía de un pueblo del que la verdad no recuerdo el nombre y que había llegado a conocer las catorce ventanas porque quería rendir homenaje al hombre que más había amado sobre la tierra, quien la había criado como un padre y a quien siempre escuchaba la historia de haber vivido en las catorce ventanas, por catorce años... bueno, si decir que «vivir» es estar preso. Haber deshonrado a una joven y no querer casarse con ella le había costado catorce años de libertad, pero él mismo optó pagar la afrenta con cárcel.

Lo primero que le pregunté fue sobre el significado de esas dos vueltas alrededor de toda esa mole del colegio Hugo J. Bermúdez. «Para honrar la memoria de abuelo», respondió serena. Hablamos dos o tres temas más durante cuarenta y cinco minutos, y entonces quedamos de vernos al día siguiente. Ciertamente, allí estaba un día después, a las cinco de la tarde, como habíamos quedado. En esa ocasión quien habló más fui yo: le conté con lágrimas en los ojos lo doloroso de haber perdido a mi esposa, víctima de una enfermedad terminal —cáncer en los pulmones—, algo inexplicable ya que ni ella ni yo nunca fumamos ni cigarrillos ni tabacos, ni ingerimos alcohol, y son cosas que uno no entiende...

Bueno, le seguí contando a la joven que descansé cuando mi señora murió ya que sus últimos dos años habían sido dolorosos y que esa situación no se la deseo ni a mi peor enemigo, si es que tengo algún enemigo. También le narré que mi alma se arrugó

muchas veces de día, de noche, de madrugada, en lluvias, de ver a mi esposa en tan mala condición, famélica, con ojos tristes, sin cabello, gritando de físico dolor, y yo impotente, sin poder hacer nada para que se curara. Su tratamiento fue largo y costoso, tanto que perdimos la casita donde vivíamos en el barrio Manzanares. Por lo tanto, una vez mi mujer dejó de existir, mis casas por estos años han sido habitaciones que pago diariamente. A veces en unas me permiten cocinar; en otras no. La joven, por su parte, me confesó que había llegado a buscar nueva vida, que las cosas en su pueblo no estaban bien, que los grupos criminales dominaban la zona y que su abuelo había muerto de pena moral después de perder su parcela, que años atrás había hipotecado a un banco.

Al día siguiente nos volvimos a encontrar. Cuando llegué estaba sentada en un banco que tiene de guardián a un frondoso palo de almendros. Ella rompió el hielo esta vez. Me comentó que vivía por el barrio La Lucha, donde unos conocidos con los que llevaba dos meses, pero que en esa casa habitaba mucha gente y algunos eran como viciosos, por lo que había aprendido a fumar cosas raras contra su voluntad (en ese momento la noté con los ojos cansados, como si no los hubiera cerrado en la madrugada). También dijo que estaba buscando trabajo de mesera en restaurante o cantina o en una casa de familia porque era lo único que sabía hacer. No tenía novio, ni hijo.

De mi parte, le manifesté que la mayor frustración para mi señora y para mí había sido la de no tener un hijo. La joven me preguntó si tenía más familia, y en ese punto comprendí que tenía, pero era como si no: un hermano se había ido a buscar fortuna hacía años, cuando en Venezuela un bolívar costaba cien veces más que el peso y, salvo un par de marconis, no había vuelto a saber de él. Sobre mi hermana, le conté que vivía por Gaira, con su marido, hijos, nietos, bisnietos, pero tampoco los veía hacía muchos años. En este tiempo de viudez, mi amigo he sido yo y más nadie. Los demás, en el trato de mis labores, no son amigos; son clientes y conocidos.

«Se la pasa echando vaina un negro maldito, y yo que lo estoy oyendo no digo na'. No más que me estoy llenando de requisitos y a las catorce ventanas lo voy a mandá». Así me cantó la joven una semana después de conocernos. Con infinita tristeza narró que su abuelo cantaba esa letra a cada rato, cuando se bañaba en el patio, o cuando ordeñaba su única vaca, o cuando preparaba su sancocho de gallina, o la hacía poner en el único estadero que había en el pueblo, de forma que con ese paseo vallenato revivía sus recuerdos en las catorce ventanas. Entonces le conté lo que me habían dicho los señores pensionados, porque todo es oral: que ahí había estado también preso un famoso personaje francés llamado Papillón, quien después de aventurarse por la costa Caribe y haber estado preso en las catorce ventanas sin saber el delito logró escribir un libro sobre esas vivencias en su natal Francia. No sabemos si fue verdad que este ilustre europeo estuvo en las catorce ventanas o solo fue parte de una leyenda, pero sin duda para muchos se trató de un presidiario ilustre como pocos.

«No conozco por dentro las catorce ventanas», le expresé a la joven al décimo tercer día. «Lo que he escuchado a quienes se la pasan diariamente aquí es que fue construida en el siglo diecinueve, pero no como panóptico, que ese color amarillo ocre no estaba en esas épocas porque era completamente blanco, y que estaba rodeada de muchos tréboles».**///**

«Yo sí entré qué día a conocerla», me dijo la joven. «Es un lugar agradable. Tiene veintidós salones. Cuando los conocí estaban llenos de alumnos, con buen piso y ventilación, pintados entre azul y rojo, aunque abuelo me decía que las catorce ventanas eran cincuenta y tres celdas sin pintar, con pisos de cemento, sin espacio para que entrara la luz y menos las fuertes brisas». En el medio de todo el colegio, me seguía contando, está un frondoso palo de mango, pero su abuelo le había hablado de nísperos, anones y ciruelas en ese lugar.

«No pude creer que abuelo estuviera catorce años acá en medio de tristezas, recuerdos, nostalgias y alegrías», suspiró la joven, observando con ojos tristes las catorce ventanas. Me contó que su abuelo alguna vez le había dicho, con lágrimas en los ojos, que solo una vez había ido al mar, que el mar de la samaria eran unas playas cristalinas. «Y vaya que dijo la verdad», expresó ella, «me he bañado en varias playas de la ciudad, como Taganga, Bello Horizonte, Bahía Concha, y todas son muy bonitas».

Así logramos vernos diariamente: una joven soltera como ella y un adulto mayor viudo como yo. Nuestra cita era frente a las catorce ventanas, y charlábamos sentados o de pie. A los veintidós días la joven me contó que le habían ofrecido trabajo en una cantina, pero tenía duda sobre aceptar. Sus ahorros se habían agotado y en el lugar donde vivía le estaban haciendo mal ambiente. Ese día le presté cincuenta mil pesos.

En uno de esos días la joven no llegó. Ya nos habíamos acostumbrado a esas conversaciones diarias, que para mí resultaban maravillosas y creo que para ella también. Al día siguiente tampoco apareció, y aunque asumí que seguramente había aceptado el trabajo en la cantina, de todos modos extrañé su ausencia. Si yo llegaba primero o al contrario, nos esperábamos el uno al otro. Increíblemente, extrañando sus ausencias, caí en cuenta de que jamás había tenido el detalle de brindarle un dulce o una bebida.

Al otro día la esperé hasta las diez de la noche. Ni ella ni yo teníamos celular, como para poder llamarla... es que ni un amigo en común para preguntar por ella. Hablamos exactamente veintiséis días. Ni uno menos, ni uno más. Caigo en cuenta de que tampoco, nunca, jamás, pregunté su nombre.

Al llegar al parque después de trabajar, como de costumbre, me acerco a una de las colmenas donde venden flores. Saludo a un grupo de conocidos, quienes comentan un atroz asesinato. Uno de ellos me pasa el periódico de crónica roja de la ciudad, y a pesar de que no lo recibo alcanzo a distinguir el rostro desfigurado de una mujer. Ese tipo de noticias amarillistas me asquean; nunca las leo. Los contertulios señalan que es una NN, que fue asesinada hace días, atacada a mansalva con piedras, pero su cuerpo sin identificar lo encontraron desnudo apenas ayer en la noche en el sector El Boro. La mujer ya ha sido condenada de antemano por los contertulios: «era drogadicta», «quizá qué hizo», «seguramente fue de la mala vida».

De tantos comentarios roñosos, me despido de esos jueces y catones de la moral y me dirijo a mi cuarto a descansar. ■■■